



FRANCIA

JEAN-MARIE LE PEN Y LA DEMOCRACIA EN FRANCIA

Por PABLO NEY FERREIRA (*)

¿Qué es lo que ha pasado en Francia en estos últimos días? ¿Qué es lo que ha sacudido tan tremendamente a la clase política y a la totalidad de los periódicos del mundo? ¿Cuál es la preocupación de numerosos intelectuales que pueblan alarmados con sus notas las páginas de diarios y revistas? ¿Es el fin de la democracia en Francia? Precisamente de esto es de lo que me voy a ocupar en estas líneas.

Existen al menos dos formas de ver lo que ha sucedido en Francia. Una pesimista, a mi juicio un tanto apresurada en su diagnóstico y otra alternativa tal vez más mesurada y optimista con respecto al futuro de la democracia francesa.

Pero primero vamos a ver qué es lo que pasó, y cuál puede ser una primera aproximación a una explicación razonable.

Las opciones moderadas que el electorado podía haber elegido fueron drásticamente menguadas en cuanto a cantidad de votos, habiendo sido (si no superadas) moralmente derrotadas por fuerzas de origen radical de ambos polos ideológicos, inclinándose el electorado hacia la extremidad del polo derecho.

¿Quiénes son estos individuos que súbitamente se han vuelto extremistas? ¿Quiénes son los que han votado fundamentalmente a Le Pen? El voto lepenista no viene sólo de una burguesía asustada por la inseguridad ciudadana. Llega de las barriadas populares, viejos feudos comunistas, es un voto popular, radical, antisistema, que ha encontrado dos cauces para su turbión de voluntades: una realidad social agresiva y oficialmente poco tratada (la inmigración y sus consecuencias) y un nuevo discurso social y político básicamente televisivo, que legitima fórmulas tradicionales de la ultraderecha, ayer malditas, pero hoy "políticamente correctas": antisemitismo, antiamericanismo, antieuropeísmo, antiglobalización... Todos los *antis* que se han convertido en los últimos tiempos en populares en los medios de comunicación, esos son los "caballitos de batalla" que ha utilizado Le Pen en sus discursos. Nadie más enemigo de Israel que Le Pen, ni nadie más amigo de Saddam Husein; nadie odia más a los EEUU, a la globalización, al capita-

lismo sin alma ni fronteras.

Pero además, no hay que sorprenderse por esto. Hay razones históricas que nos llevan a pensar que esto hasta es razonable. La tradición del fascismo francés es obrerista. El gran partido fascista de entreguerras (el Parti Populaire) nace a partir de una escisión del Partido Comunista Francés que lidera, en 1934, el principal dirigente obrero de esos años: Jaques Doriot. Y la resonancia del discurso fascista en



Francia ha sido siempre muy pesada; su implantación en las periferias urbanas era hasta previsible.

Hoy la Francia de las luces aparece dormida; un francés de cada cuatro teme a las muchachas que ocultan su cara bajo el velo. La Madelón, ese viejo himno legionario ha borrado la música de la Marsellesa y de la Internacional; los sicarios del Marqués de Morés, de Barrés, de Maurras, de Poujade, los asesinos de Action Française, de la OLAS, escondidos en la escarapela tricolor, han llevado a Le Pen al hogar de la izquierda; han movilizado el miedo a la inmigración.

Ante esta situación he leído y escuchado posturas alarmistas que no comparto. Desde que es el final de la democracia francesa, el giro progresivo al fascismo de parte de varios países europeos, la decaden-

cia final de la democracia...me parece que estamos exagerando un poco. Y paso a explicar por qué.

Contrariamente a lo que muchos dicen, la buena salud de una democracia no depende de la total ausencia de sobresaltos políticos, ni de la absoluta estabilidad e inmovilismo de la estructura de representación, sino de la sorprendente capacidad que tiene un pueblo y sus instituciones para darle una buena lección a su clase política, sin caer

chando la primera tanda para dar lecciones a su clase política y usando la segunda para elegir a quien les ha de gobernar.

Si bien es cierto que las elecciones presidenciales representan la ruina del socialismo de Jospin, no es verdad que la democracia francesa se muestre débil, ni que los extremos se hayan apoderado del cuerpo electoral, ni que los franceses hayan perdido el norte de los valores europeos para echarse en brazos de trotskistas y fascistas. La democracia posee mecanismos de defensa institucionales, que colaboran a la necesaria tarea cívica de los ciudadanos para preservar el sistema. Así, ante cualquier problema, aparecen anticuerpos que vuelven a poner las cosas en su lugar. Hoy ya se ve que el Partido Socialista se ha sumado con estupor a la campaña de Chirac, los estudiantes están permanentemente en las calles, la sociedad civil se ha activado y hace suya la civilidad que jamás debió haber perdido.

Francia había sido la locomotora del progreso intelectual y cívico. Pero hace ya mucho tiempo que este país se ha quedado: sus filósofos son verbalistas, su cine demasiado literario, y su literatura ya no conmueve como lo hacía antes.

Pero de lo que sí estoy seguro es de su clara vocación democrática, y de los resortes morales e institucionales que aún posee la alicaída sociedad francesa que en algún momento supo marcar el destino de la historia con el hermoso latir de la Marsellesa.

en aventuras locas y desmesuradas.

Por eso hay que valorar en su justa medida los resultados electorales de las presidenciales de Francia, sin que nadie se deje contagiar por los lamentos jeremiáticos que se escuchan por doquier. Porque si optamos por estos lamentos, dándole lecciones a quien no las necesita, bien pudiera suceder que, curados del complejo de culpa que ahora les invade, se vuelvan hacia nosotros y parafraseen en francés el mismo reproche que Cristo le hizo a las mujeres de Jerusalén: no lloran por nosotros y por nuestra democracia, sino por ustedes y por sus hijos.

Dotados de un sistema electoral a dos vueltas, que determina la racionalidad intrínseca de su voto, da la sensación de que los franceses han aprendido a manejar sus efectos con envidiable eficacia, aprove-

(*) Licenciado en Ciencia Política Universidad de la República D.E.A (Diploma en Estudios Avanzados) Universidad de Santiago de Compostela. Candidato a Doctor en Ciencia Política Universidad de Santiago de Compostela.